

Notas bibliográficas

VIAJEROS INGLESES Y ROMÁNTICOS ARGENTINOS. A PROPÓSITO DEL ULTIMO LIBRO DE ADOLFO PRIETO.⁽¹⁾

Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850); de Adolfo Prieto, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

Nadie puede ignorar que en los últimos años ha tenido un crecimiento muy pronunciado lo que denominábamos clásicamente la historia de las ideas. Hay, sin duda, una reconsideración y una mirada más atenta de los historiadores y los cientistas sociales hacia las creencias de los hombres, las mentalidades, o para decirlo en lenguaje nuevo, el imaginario social o "la historia cultural de lo social" como sugiere Roger Chartier. Trabajos tan diferentes como *El queso y los gusanos* de Ginzburg, el *Viena fin de siglo* de Schorske o *Los imaginarios sociales* de Baczkó, dan cuenta sobre la productividad de este tipo de interpretaciones. En la historiografía local podríamos citar también otros trabajos sumamente sugerentes. Sin duda en esa lista aparecería el nombre de Adolfo Prieto y sus libros. Su última investigación vincula con gran destreza la experiencia y los textos de viajeros ingleses que recorrieron el Río de la Plata durante la segunda y tercer década del siglo pasado y la historia y las obras de los jóvenes de la Generación del 37. El comentario que sigue desea señalar algunos aportes de este valioso libro de Prieto. En primer lugar presentaremos al autor en cuestión para después introducirnos en el texto seleccionado.

Adolfo Prieto es un prestigioso investigador y docente de la literatura Argentina. Recordemos algunos aspectos de su rico itinerario intelectual. Formó parte de una generación de ensayistas que, entre las décadas de 1950 y 1960 renovaron con éxito el campo literario argentino. Desde aquellos años la crítica literaria cobra un impulso relevante e incorpora nuevas metodologías de análisis. Señalemos algunas de sus diversas tareas culturales: desarrolló una intensa actividad académica en las universidades de Córdoba, de Cuyo, del Litoral (Argentina), la República (Uruguay) y Florida (Estados Unidos), así como fue director de una serie de libros e iniciativas culturales significativas como la dirección de *Capítulo* y la historia de la literatura argentina en fascículos. Por otro lado pueden citarse entre sus libros más relevantes, *Sociología del público argentino* (1956), *La literatura autobiográfica argentina* (1962), *Literatura y subdesarrollo* (1968), *Estudios de literatura argentina* (1969) y *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (1988). Todos estos trabajos indagan la tradición literaria argentina en conexión con los procesos históricos en curso, de esta forma las obras no son interpretadas sólo en su estructura interna, sino insertadas en su contexto, e interpeladas desde claves de análisis literarias e históricas.

Quisiéramos destacar, en esta lista de libros de Prieto, un hilo conductor. En el primer libro y en el último su foco de análisis se proyecta a los lectores y al campo de lectura respectivamente. Su reciente investigación continúa este tipo de estudio. Esto está vinculado a la renovación metodológica que Prieto realiza ya desde sus primeras obras. Si bien hay que acotar que el análisis sobre los lectores y la recepción de las ideas corresponde a una disciplina nueva que comienza hacia la segunda mitad del presente siglo, y que fueron los alemanes los primeros en emprender estas interpretaciones;⁽²⁾ debe tenerse en cuenta que en nuestro país son pocas las producciones de este género (pueden citarse los trabajos de

Natalio Botana, Hugo Vezzetti o Jorge Dotti).⁽³⁾ Pero debe destacarse que fue Prieto el que comenzó —desde la literatura— con esta línea de investigaciones en nuestro medio.

Ahora bien, qué tipo de texto tenemos entre manos. La respuesta no es simple. Hay un problema que sobrepasa al mismo libro. Desde hace un tiempo las investigaciones de las llamadas ciencias sociales han renovado sus claves de análisis, y es común entre los estudiosos la utilización de instrumentos interpretativos de otras disciplinas. En las investigaciones literarias también se da este fenómeno, se apela a nociones y categorías del psicoanálisis, de la filosofía, de la sociología, etc. Este tipo de operaciones obviamente crea objetos muchas veces difíciles de clasificar.⁽⁴⁾ En el caso de este libro de Prieto podemos decir que se trata, en principio de una historia de la literatura a secas, porque se ocupa de escritos sobre literatura argentina y de textos literarios (de los primeros románticos rioplatenses). Pero desde otro ángulo, debemos agregar, que también es parte de una historia de las ideas, porque indaga a escritores que no sólo fijan su mirada hacia temas estéticos o escriben poemas (Echeverría), sino que son ante todo políticos que escriben (en este caso se analizan las ideas sobre literatura y las imágenes sobre el país). No olvidemos por otro lado que los viajeros ingleses no producen textos estrictamente literarios, en ellos se combinan ideas políticas, económicas, sociales, etc. Por último, se trata de una historia de la lectura o de un estudio de la recepción de ideas. Digamos entonces que este libro combina con gran destreza claves de análisis de distintas disciplinas.⁽⁵⁾

El libro de Prieto se inscribe en una tradición de lectura de la generación del 37, se trata de aquellas investigaciones que se propusieron detectar las influencias ideológicas de estos discursos. Permítasenos un breve rodeo. Este tipo de estudios se han hecho desde comienzos de este siglo, y con resultados totalmente divergentes. Desde la imagen de “los saintsimonianos argentinos” que nos dejó José Ingenieros, se pasa a la versión de un positivismo *avant la lettre* según sugiere Alejandro Korn en los textos de Alberdi, para concluir con la reinterpretación que produce Raúl Orgaz,⁽⁶⁾ quien alude al “historicismo” de Alberdi y al “naturalismo” de Sarmiento para señalar solamente los estudios clásicos. Anotemos también que estos trabajos son de corto aliento, y que no pretendían hacer un abordaje exhaustivo. Ahora bien, estas investigaciones interesantes en varios aspectos, nos ofrecen los primeros panoramas del mundo ideológico que tenía presente la generación del 37. Así como también tropiezan con algunas dificultades que es necesario destacar: guiados por la periodización europea estos estudios articulan —como si fuera un espejo donde debe asentarse nuestra historia—, el pensamiento argentino con el del viejo mundo (crítica que les cabe sobre todo a Ingenieros y Korn). Por otro lado, al atender sólo al tema de las influencias ideológicas, escapa a este tipo de interpretaciones la lectura activa que realizan los escritores rioplatenses.

Recientemente Oscar Terán se ha referido con suma inteligencia a este problema metodológico advirtiendo que “en culturas «derivativas» como la nuestra resulta sustantivo plantearse el problema de la traducción («traslación») de las ideas. Cuando digo derivativas utilizo un término que cada vez me conforma menos aunque no encuentro otro que lo sustituya con ventajas; quiero aludir, en suma, al fenómeno que otros han metaforizado con las figuras de espejo «trizado», «invertido» o «enterrado», y los efectos de «refracción» (otro término impertinente) que nuestra cultura experimentaría respecto de sus referentes europeos”.⁽⁷⁾

Por suerte, existen trabajos que tienen en cuenta estas cuestiones metodológicas. Natalio Botana, en un estudio ya clásico dedicado a *La tradición republicana*, propone un replanteo de este tipo. Para Botana el diálogo entre el horizonte de las ideas y la circunstan-

cia argentina, que Alberdi y Sarmiento interpretaron constituye pues la trama de la historia que se propone contarnos.⁽⁸⁾ Es decir, el estudio de Botana no se agota en la simple indagación sobre las influencias, sino que trata de mostrar la lectura de los autores argentinos, qué toman y cómo lo utilizan. Otro trabajo que atiende a la recepción de las ideas —aunque su objetivo exceda el pensamiento de los jóvenes del 37—, es *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta*, de Jorge Dotti. Como lo sugiere su subtítulo, se trata de un estudio sobre la recepción del universo kantiano en la cultura rioplatense. Dotti apela sobre todo a los divulgadores franceses del pensamiento de Kant proponiendo una indagación que da cuenta de las mediaciones y tergiversaciones que se establecen entre la obra kantiana (que los románticos argentinos seguramente no leyeron y conocieron a través de escritores franceses) y los textos de Alberdi y Quiroga de la Rosa.

El análisis de Prieto se aproxima (y continúa) los estudios de Botana y de Dotti, y en menor medida, los de Ingenieros, Korn y Orgaz. Como los dos primeros trata de mostrar la actividad de la lectura de los jóvenes del 37, y de indagar a los escritores que realmente eran leídos por éstos. Prieto se propone estudiar una red de lecturas. Es decir, no sólo va a tomar a los escritores argentinos y luego visualizar como leían ciertos libros en circunstancias precisas, sino que además va a insertar los textos de los románticos rioplatenses en el interior de una cadena de lecturas. Veamos la estructura de la obra.

Los libros de viajes tuvieron un éxito notable en el siglo XVIII, sin embargo no había grandes escritores de este género discursivo. El rasgo dominante de estos trabajos residía sobre todo en su carácter utilitario: se hablaba —con rutinarias descripciones— de las riquezas y de las miserias sociales y económicas de las regiones recorridas. Recién con las obras de Alexander von Humboldt el género se encarna en un autor de gran nivel intelectual y literario. Humboldt crea un nuevo tipo de libros de viaje, cuya característica consiste en un doble discurso, por una parte seguía persistiendo el rasgo utilitario, pero por otro lado, aparece un nuevo sesgo, que consiste en dar cuenta de la naturaleza y del paisaje. Dicho de otro modo, los escritos de viajes de allí en más combinaban en su interior la matriz iluminista y la matriz romántica. Humboldt tiene gran relevancia porque va a ser —según nos informa Prieto— el modelo de los distintos viajeros que llegaron al Río de la Plata hacia la segunda y tercera mitad del siglo XIX. Por otra parte Prieto explica muy bien que estas incursiones de viajeros ingleses al nuevo continente se asociaba a una empresa de mayores alcances, la del colonialismo inglés. Sabemos que esta nación se había autoimpuesto la tarea de llevar la civilización y su agente de entonces, la industria, a todas partes. Con lo cual debemos agregar que la historia de estos viajeros es parte de esta otra más compleja.

¿Cuál era la principal atracción para estos viajeros? Prieto señala que la explotación de las minas de oro y plata de la región andina atrajo la atención de los inversores ingleses. "Esta atracción alcanzó su punto culminante y a su vez su rápido declive en 1825, con la fiebre especulativa generada por esas inversiones y sus efectos negativos en la Bolsa de valores de Londres." Hacia la segunda década del siglo pasado comenzaron a llegar estos viajeros ingleses. John Miers, sigue los parámetros del viaje tradicional acentuando el rasgo utilitario; Alexander Caldclygh, hace lo mismo pero lee a Humboldt —aunque Prieto nos señala que su lectura es parcial—; luego Robert Proctor escribe un relato más cercano a Miers que a Caldclygh. Más tarde arriban los lectores más fieles al pensamiento de Humboldt: Francis Bond Head, Joseph Andrews y Emond Temple. Todos ellos siguen esa doble discursividad que emerge de la obra del gran viajero alemán. Andrews lee a Head y le critica el tipo de información que extrae y las conclusiones negativas sobre la factibilidad del negocio de explotación de minas en Sudamérica. Poco tiempo después Temple leerá a los

dos viajeros recién mencionados adoptando algunas de sus ideas. Luego vendrán Samuel Haigh, J.A. Beaumont, Brand y Webster. Prieto registra cómo cada uno de ellos leía a los anteriores extrayendo algunos aprendizajes. Finalmente se ocupa de los viajeros que llegan en la década del 30, Scarlett, Robert Fitz-Roy y C. Darwin. Estos también tienen en cuenta a los viajeros de la década precedente, pero su mirada es distinta ya que si aquéllos se ocuparon del centro y norte del Río de la Plata, estos otros (sobre todo los dos últimos) recorren las regiones del sur americano. Prieto realiza una compleja y fina lectura de todos estos libros que forman, en principio, una primer serie.

Esta red de lecturas a su vez se completa con los textos de la generación del 37. Alberdi, Echeverría, Mármol y Sarmiento tenían presente a muchos de estos viajeros en sus reflexiones sobre la literatura nacional. Pero su lectura será visiblemente diferente, mientras Alberdi toma los textos de Andrews para escribir su *Memoria descriptiva de Tucumán* y Sarmiento selecciona a otros viajeros como Humboldt, Head y al mismo Andrews, otros como Echeverría leyeron a estos viajeros sin nombrarlos (Prieto muestra muy bien la presencia de ellos en la producción de Echeverría). Es decir, mientras Alberdi se propone como "el doble" de Andrews, Echeverría realiza la operación contraria de borrar estas referencias. Por otro lado, Prieto nos muestra acertadamente cómo los propios románticos se leían entre ellos. Cómo *Memoria descriptiva de Tucumán* de Alberdi es un manifiesto de la literatura nacional, que Echeverría llevo a cabo en su poema *La cautiva*, y de qué manera ese mismo texto alberdiano es tomado por el mismo Echeverría para escribir su *Avellaneda*.

Luego de este recorrido (muy acotado) del libro de Prieto se puede apreciar la red de lectura con que trabaja. Todos los textos elegidos forman una larga lista de trabajos, los cuales están encadenados unos a otros ya que cada uno de ellos se sirvió de las tesis de algún otro texto de esta misma cadena para sus propias reflexiones sobre América. ¿Qué importancia tiene esta metodología? Pienso que apunta a un problema clave de la interpretación histórica. Sabemos muy bien que cuando se emprende una investigación sobre un período determinado y se selecciona un conjunto de obras de esa época, surge inmediatamente una pregunta: ¿son representativos estos textos en dicho período? ¿cómo constatar su representatividad? Aquí el mismo estudio es la respuesta, los textos elegidos por Prieto son representativos de su tiempo porque pertenecen a una red de lectura de un período. Dicho de otro modo, ¿por qué elegir a estos viajeros ingleses y no a otros? Precisamente al formar parte cada uno de estos viajeros ingleses de una misma red de lecturas se tornan significativos y adquieren su representatividad.

Otro aporte de este libro es que viene a ampliar el horizonte de ideas que hasta el momento pensábamos que tenían estos escritores del 37. Permítasenos un nuevo rodeo. Fue Coriolano Alberini quien detectó el cruce de matrices iluministas y románticas en los textos de Alberdi.⁽⁹⁾ Pero a este acierto se le criticó con razón que aislaba al autor de *Bases* del mundo ideológico al que pertenecía. Porque esa tensión iluminista y romántica que Alberini visualiza en Alberdi no es una particularidad de este escritor, ya que se puede apreciar lo mismo en los escritos de los otros autores de la joven generación del 37. Pero a su vez esta misma combinación de iluminismo y de romanticismo era algo peculiar del romanticismo social francés. Pero más allá de estas referencias de Alberini y de la pertinencia de su crítica, lo cierto es que hasta aquí sabíamos que el horizonte de ideas (centrales) eran de origen galo, no sólo porque los distintos trabajos como los de Ingenieros, Órgaz, Botana, Dotti, etc. lo dijeran, sino porque además los mismos autores del salón literario hacían explícito que su referente era Europa y para ellos Europa era Francia. De allí que se diga insistentemente

que el romanticismo argentino tiene su origen y su modelo en el romanticismo social francés.

El libro de Prieto viene a enriquecer esta imagen que teníamos. Ya que si bien los escritores galos son, sin duda, los principales interlocutores de los autores del Salón Literario porteño, Prieto nos viene a decir que existía otro horizonte de ideas (que tenían presente los jóvenes del 37) donde puede advertirse este doble discurso de contenidos iluministas y románticos. Prieto nos amplía el horizonte de ideas de los jóvenes del 37: no tenemos que mirar exclusivamente a los escritores franceses (que filtraban las obras de autores alemanes, ingleses, italianos, etc.) sino también a los viajeros ingleses que eran leídos por los autores rioplatenses que tomaban de ellos esa doble discursividad (iluminista-romántica).

Pero ¿cómo dejar escapar una diferencia sustancial entre el horizonte de ideas francés y el horizonte de ideas de estos viajeros ingleses? Mientras los autores galos obviamente hablaban de Francia y de la humanidad (sin mencionar casi a América del Sur) estos viajeros anglosajones tenían al sur del nuevo continente como objeto central de sus meditaciones. De esta manera, con los escritos de los autores franceses los pensadores de la generación del 37 debían realizar una operación de adaptación a la realidad local, en tanto que con los viajeros ingleses podían discutir, aprobar o modificar tesis sobre la propia realidad rioplatense que les interesaba. Estos viajeros anglosajones decían algo que los autores franceses no podían decir: su opinión sobre la historia y el presente de la América del sur.

La estrategia de vincular a los viajeros ingleses con la generación del 37 permite a Prieto releer de manera distinta textos muy conocidos en la historiografía argentina. Este es otro de los méritos que pueden citarse de esta contribución.⁽¹⁰⁾

Quisiera detenerme ahora en la lectura que hace Prieto de los textos alberdianos. Prieto toma —según nuestra primera impresión— los escritos menos significativos de Alberdi. Prieto selecciona los textos literarios (porque su estudio es sobre el surgimiento de la literatura nacional) y deja de lado los que versan sobre filosofía, derecho, etc. Es un dato conocido que Alberdi se ocupó muy poco de cuestiones literarias y por el contrario la filosofía, el derecho y después la economía fueron sus grandes temas de reflexión. Por otro lado, todos los textos de Alberdi no tienen el mismo valor, por su composición, por su densidad y por su repercusión. Pensábamos, atendiendo a las razones recién aludidas que Alberdi trascendió sobre todo por su *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837), y *Bases* (1852) y no por las obras que trabaja Prieto, esto es, *Memoria descriptiva de Tucumán* (1834), *El Edén, especie de poema escrito en el mar, Tobías, O la cárcel a la vela* (1844) y *Veinte días en Génova* (1845). Y una vez dicho esto quisiera señalar otra lección que me ha dado este libro: Prieto estudia *Memoria descriptiva de Tucumán* (obra bastante descuidada por los estudiosos de Alberdi) y le da otro valor. En principio su análisis textual deja como saldo que dicha obra alberdiana fue más importante de lo que se pensaba, por otro lado, que tuvo una gran incidencia en su momento, ya que fue el primer manifiesto de la literatura nacional elaborado por un joven de la generación del 37, y a esto se debe agregar que fue leído y utilizado para la confección de otro texto como el *Avellaneda* de Echeverría, así como fue objeto también de una dura discusión en la prensa rosista. La metodología que emplea este libro de Prieto, la red textual, permite visualizar la importancia y eficacia de un texto al que se le asignaba una relativa significatividad.

Pero todavía no hemos dicho casi nada sobre la emergencia de la literatura nacional que expone Prieto en este valioso libro y no quisiera terminar este comentario sin una breve reflexión al respecto. Deseo leer esta contribución de Prieto como una crítica implícita a la

historiografía revisionista. Baste recordar que fueron los hermanos Irazusta quienes denunciaron con gran fuerza la injerencia del colonialismo inglés y sus vínculos con los aliados liberales en el Río de la Plata.⁽¹¹⁾ Pero a pesar de ello Julio Irazusta reivindica al joven Alberdi del salón literario, quien intentó cabalgar junto al gobierno de Rosas, con una propuesta (según J. Irazusta) de contenido nacional, autóctono y americanista.⁽¹²⁾ Teniendo en cuenta esto, cómo dejar escapar la ironía de la tesis central de Prieto cuando concluye, en otras palabras, que la literatura nacional (en la cual colabora decisivamente este joven Alberdi) nace bajo el amparo de las ideas de estos viajeros ingleses que formaron parte de esa empresa colonizadora.

Alejandro Herrero

NOTAS

(1) Agradezco a Darío Macor, quien ha leído conmigo gentilmente una versión previa de este texto y me ha puntualizado observaciones de suma utilidad.

(2) Ver Arnold Rothe, "El papel del lector en la crítica alemana contemporánea" en: José Antonio Mayoral (comp.), *Estética de la recepción*, España, 1987. Y Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Literatura/Sociedad*, Hachette, Buenos Aires, 1983 (Primera parte, El texto literario, cap. V "Del lector").

(3) Natalio Botana, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984. Hugo Vezzetti, *Freud en Buenos Aires (1910-1939)*, Puntosur, Buenos Aires, 1989 (hay nueva edición ampliada en Universidad Nacional de Quilmes, 1996); y del mismo autor: *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichón-Rivière*, Paidós, Buenos Aires, 1996. Jorge Dotti, *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 1992.

(4) Desde hace un tiempo que este fenómeno se da a nivel mundial en las ciencias humanísticas. Ver Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991, págs. 25-26. Carlos Altamirano, "Breve apología de la historia intelectual", en: *Espacios de crítica y producción*, N° 8/9, diciembre 1990-enero 1991, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Alejandro y Fabián Herrero, *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual argentino de los años 90*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1996 (ver respuesta de Beatriz Sarlo a la encuesta).

(5) El propio Prieto ha reconocido esto que decimos cuando le ofrecimos participar del libro sobre historia de las ideas: "Me ha costado años contener las imprecisiones de mi campo profesional, y no sé bien todavía si soy historiador de la literatura o crítico literario, o crítico cultural o lector especializado en ciertos espacios de la literatura argentina. Por favor, ahorren a mis inseguridades la fascinante perspectiva de la historia de las ideas." Como podemos apreciar, la pregunta sobre qué tipo de texto vamos a comentar no tiene una respuesta definitiva ni para nosotros ni al parecer para el mismo Prieto. Carta de Adolfo Prieto del 9 de diciembre de 1993 en: Alejandro y Fabián Herrero, op. cit., págs. 9-10.

(6) José Ingenieros, *La evolución de ideas argentinas*, Futuro, Buenos Aires, 1961. Alejandro Korn, "Influencias filosóficas en la evolución nacional", en: *Obras completas de Alejandro Korn*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1938-1940. Raúl Orgaz, *Sociología argentina, la sinergia social argentina. El romanticismo social*, Assandri, Córdoba, 1950.

(7) Respuesta de Oscar Terán a la encuesta de historia de las ideas, en: Alejandro y Fabián Herrero, op. cit., pág. 162; y en la misma obra, Roger Chartier, "El espejo invertido".

(8) Natalio Botana, *La tradición republicana*, op. cit., págs. 8-9.

(9) Coriolano Alberini, *Problemas de historia de las ideas filosóficas en la Argentina*, Instituto de Estudios Sociales y del Pensamiento Argentino, UNLP, La Plata, 1966.

(10) Félix Weinberg desde hace bastante tiempo nos viene prometiendo un estudio de este tipo, a lo que sumaría los viajeros franceses y su relación con los jóvenes románticos argentinos.

(11) Julio y Rodolfo Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico*, Buenos Aires, 1934.

(12) Julio Irazusta, "Alberdi en 1838. Un trascendental cambio de opción práctica" (1939), en *Ensayos históricos*, Eudeba, Buenos Aires, 1968.

Damas del siglo XII. Eloísa, Leonor, Iseo y algunas otras; de Georges Duby, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

Por cierto no es el último texto de George Duby, sin embargo es un buen ejemplo de los giros de estilo a los que el historiador francés nos ha habituado. Aquí radica su valor. Hay distancia entre el Duby de *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo/80* (*Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme/78*); y el de los últimos años del siglo; su versatilidad no pudo con la tentación de acercar la historia a la ficción.

Las damas... está compuesto por ensayos sobre la vida y el amor pío de siete mujeres, en general de una posición social elevada por sobre el resto de los mortales que las rodeaban. El siglo XII resignificó a la mujer y al amor —ahora "cortés"—. El XII fue un siglo paradigmático: entre otras cosas, se crea el culto mariano y el purgatorio, dos puntales más que representativos del imaginario político-religioso. George Duby hace un estudio subjetivo pero maravilloso del pasar místico, por la vida terrena, de estas "damas" y "doncellas" que fueron más "amantes" del Señor que de sus propios hombres. ¿Roza la ficción? Sí. Pero, por sobre este detalle del devenir historiográfico de este siglo polémico, Duby nos enseña, una vez más, la difícilísima tarea de cómo escribir buena historia —cualquiera ésta sea—.

Duby sedujo siempre al lector; y, por fortuna, lo seguirá haciendo, por muchos años más, a través de su legado. En la *Historia continúa/92* (*L'histoire continue/91*) sincera cuestiones más que interesantes sobre su relación con la historia: su aprendizaje primario lo realizó en base a la lectura de novelas de caballería —costumbre que nunca abandonó—; como profesional cada escrito le exigió muchos más que dos borradores. En *Los diálogos sobre la historia/88* (*Dialogues/80*) nos recuerda que Bloch y Febvre abrieron la historia "grande". Duby fue leal a esta tradición. Nunca se apartó de la historia con mayúsculas: utilizó documentación envidiable y precisa; hizo del buen escribir una cuestión de principios; se acercó a variadísimos objetos de estudio; difundió la historia entre el gran público a través de publicaciones colectivas memorables, el cine y la televisión. Acompañó los compases epistemológicos del siglo sin pestañear ante lo nuevo. Lideró la historiografía francesa desde una universidad de provincia. ¿Por qué todo esto? Jacques Le Goff alguna vez escribió "la historia se hace con documentos y con ideas, con fuentes y con imaginación"; en el caso de Duby agregó con "arte". Aquí el punto no está en si la historia es ciencia o no; en Duby la cuestión se asienta en que fue un profesional de la historia.

Todos hemos aprendido y mucho de George Duby. Vaya este pequeño homenaje a memoria de un "maestro" —para los argentinos a una gran distancia— quien todavía nos deleitará con sus *Memorias...* de reciente publicación. Por cierto *Las damas...*, en este breve y desordenado comentario, ha sido tan sólo una excusa.

On the Edge of the Cliff; de Roger Chartier, The John Hopkins University Press, Baltimore and London, 1997.

Apenas se lee el término "cliff" la clave se insinúa. No se confunda Historia con ficción. Hace tiempo que Roger Chartier ha definido su posición al respecto; en este último texto optó por argumentar dialogando con la muerte en un doble sentido. En la calificación que le supo dar Michel de Certeau al trabajo de historiar —"La Operación Histórica"— en cuanto a la relación dual—"enigmática" que el historiador sostiene con la sociedad en la que vive; y con la muerte —el pasado— a través de determinadas "actividades técnicas". El otro giro que Chartier imprime es rescatar el riquísimo trabajo de un grupo de historiadores y epistemólogos que produjo un cambio radical en el interior del quehacer historiográfico a partir de los '60; cuyo trabajo la muerte interrumpió.

Este cúmulo innovador se debe entender en su carácter de legado disímil aunque con canales comunicantes que invitan a re-pensar la construcción histórica en los parámetros del debate actual.

Así es que Chartier reúne once ensayos (1986-1994) en un desandar que nos refresca posiciones epistemológicas y teórico-metodológicas de Michel Foucault; de Certeau; Louis-Marín; y muy especialmente de Norbert Elias y Phillippe Ariès. También se detiene en los planteos de Paul Ricoeur; D.F. McKenzie y Hayden White. Su búsqueda de respuestas en este caudal teórico apela a una re-lectura de estos "grandes" para superar la difícil situación actual de la historia colocada al "borde del acantilado"; cuya amenaza más irritante proviene en cobijar la Historia entre los pliegues de la ficción. El trabajo del historiador se hace historiando una realidad del pasado con metodologías y técnicas adecuadas.

Interrogantes: ¿La historia debe contenerse en el terreno de las ciencias sociales o nutrirse de los postulados de la crítica literaria? Considerando la narratividad condición intrínseca a la síntesis histórica "¿Por qué la historia ha tardado tanto en darse cuenta que siempre ha producido narración?"

Dilema no casual, aporta al debate más actual a nivel internacional. Chartier no duda en tomar partido, desde un principio, sobre las garantías de cientificidad de la primera alternativa por eso le interesa recalcar —desde diferentes ópticas— en el análisis del discurso como práctica social.

Incorporar la noción de "discontinuidad" a la operación histórica ha significado, en los últimos años de tarea historiográfica, un salto teórico cualitativo logrando el historiador cortar marras con "estructuras y fórmulas que se consideraban universales y en algunos casos inalterables" —caso los logros explicativos del microanálisis italiano de los 60 y 70— que confluyeron en la expansión de la historia cuantitativa en la búsqueda, reunión e interpretación de "comportamientos inalterables"; y en el controvertido reinado del "paradigma estructuralista".

Este divorcio con la permanencia, lo resistente al cambio producirá una fuerte fisura en el interior de la comunidad historiadora con la consecuente crisis con doble efecto: la historia se ve obligada a ceder su "hegemonía" —parte del programa de los fundadores de *Annales*— compartiéndola, en todo caso, con sus pares sociales. Al tiempo que se produce una "cesura en la unidad de método-objetos e historias". Historiadores "vuelven al archivo" y resignifican el silencio del discurso. En definitiva, va cobrando cuerpo una supremacía del "texto" en el significado más laxo del término. Resulta una pena que la tensión, señalada

por L. Febvre —*Combates por la Historia*— entre el “viejo” y el “nuevo” documento haga tan sólo de telón de fondo en este muy especial libro de Chartier.

Así como la aplicación de la noción de discontinuidad terminó liquidando *l'histoire événementielle*, también ha dado pie al desarrollo de posiciones “extremas”; tal la del denominado “linguistic turn”. Chartier se refiere al giro anglosajón representado por la más conocida posición de H. White (la historia es una mera operación de hacer ficción) y llevado a sus límites por Keith Baker y por Dominick LaCapra, tres arquetipos de esta tendencia.

Aun cuando se considere necesario, desde ciertos puntos de vista, limarle —en caso que esto fuera legítimo— ciertos rasgos extremos; y se mire como transgresión la ausencia de un “explícito” compromiso social, reconozco que el giro lingüístico mucho ha hecho por abrir las perspectivas futuras de la operación histórica —y de la historia cultural en particular— con sólo haber trabajado el problema —no es lo único del que se ha ocupado— que plantea el lenguaje como configuración simbólica tanto en el texto-documento como en el texto-construcción histórica. Desde otra perspectiva, el también americanísimo “giro interpretativo” ha agregado la interpretación plural que provee los haces de simbología impresos en la empatía texto-cultura.

Insisto. Valor de lo implícito en cuanto preocupaciones sociales. Al sostener que la “realidad” es producto, en todo caso, de una trama lingüística —al mejor estilo de Saussure y el desarrollo post-estructuralista, en esta línea argumentativa, de J. Derrida quien además conceptualizó la “deconstrucción”— el compromiso no tiene porqué estar ausente aun cuando no esté enunciado a través de la escritura. Parafraseando a LaCapra (*Modern Intellectual History*/82/*Rethinking Intellectual History: Texts Contexts Language*/83), el historiador debería acercarse a la novela y, más aún, a la poesía con el objetivo de profundizar en la configuración de la “intertextualidad”; recordando que su oficio no es el de literato, ni el del poeta.

Chartier subraya el hábito de los cultores de la trama lingüística en oponer categorías; mención típica: “texto-contexto”. De ser así admito que se estaría cerrando camino. Sin embargo resulta precipitado generalizar al respecto. LaCapra, por ejemplo, ha dejado en claro que no se trata de oponer sino “sobreponer”, o sea entramar categorías a través de un método “dialógico”. (Ib./“Chartier, Darnton and the Great Symbol Massacre”/88/L. Kramer, “Literature and Historical-Imagination”/89).

De todas formas los historiadores que han sistematizado el denominado giro lingüístico; modelo-meta-historia, etc. reservan diferencias entre sí. En este abanico de matices, por ejemplo el concepto “poética” en LaCapra se coloca en el extremo opuesto a la connotación que Chartier subraya en el ilustrativo *Los Nombres de la Historia* de Ranciére quien da cuenta —en una más amplia apreciación epistemológica— de una “poética del conocimiento”, en su carácter de “conjunto de procedimientos por lo cuales un discurso escapa de la literatura, se da a sí mismo el status de una ciencia, y significa este status”. En el marco de estas oposiciones Chartier despeja la diferencia entre las posibilidades explicativas del “discurso” como práctica defendida por la “Nueva Historia” —inspirada en los autores por él analizados— y el relativismo —también criticado desde otras posiciones teóricas— que encierra la trama lingüística.

Aquí propongo un repaso —muy breve— de los autores menos conocidos⁽¹⁾ en nuestro medio hacia los que Chartier dirige su interés en forma especial; y es sobre sus posturas que también hace descansar su reclamo en desechar cualquier intento de ficción en la historia.

Paul Ricoeur —*Temps et récit*— en la dirección de no omitir la posibilidad de un “realismo crítico del conocimiento histórico” en el que la temporalidad —en todos sus tiempos—, construye la causalidad y la narrativa, para alcanzar, por último su historicidad (*El Mediterráneo* de Braudel está basado en la analogía entre el “tiempo del rey” y “el tiempo del mar”, sólo el tiempo se expande. La larga duración es una modalidad particular y derivada de la trama del acontecimiento). Recordemos que para Ricoeur la “intriga” configura y sostiene la trama de la narración. En su artículo “History and Rethoric” Ricoeur ha sugerido —habiendo demostrado de Certeau que la operación histórica es una praxis— que los historiadores dependemos del concepto “heredad de la otredad” (“antes de presentarse como artesanos de la historia, deben hacerlo como herederos del pasado; éste vive en el presente y de alguna manera los afecta”). A pesar que Chartier deja translucir su oposición a un abordaje desde cierta “hermenéutica” y “fenomenología” no discute aquí estas cuestiones en Ricoeur, tal vez acuerde con que Ricoeur y Sahlins —desde disciplinas y perspectivas respectivas— “reconcilian” posiciones (“Local Knowledge, Local History: Geertz and Beyond”/1989).

Atención especial le merece a Chartier la vasta obra de Norbert Elias —lamentablemente no suficientemente difundida— de quien se ocupa en la Parte 3, “Figurations and Habitus; Norbert Elias”, en la que figuran tres ensayos: “Self-consciousness and the Social Bond”; “The Double Bind and Detachment”; y “Sports, or the Controlled Decontrolling of Emotions”. El estudioso de la sociedad cortesana trabajó nociones tales como “figuración”; “habitus social”; “sociedad de individualidades”; expandiendo, a partir de ellas, las fronteras de la interrelación “individuo-mundo social” y tomando distancia del legado de la filosofía tradicional. Transfiguración nutriente del posterior desarrollo de la “historia desde abajo”.

Resulta por más de interesante el capítulo dedicado al análisis del conjunto de trabajos —de corte sociológico— del británico D.F. McKenzie sobre “bibliografías”, autor que se ha preocupado en desmitificar el texto “escrito” estudiando sus posibilidades metodológicas en sonido e imagen.

Para Chartier, las propuestas de Foucault; Ricoeur; Elias y de Certeau (la historia es una “práctica” y sobretodo una “forma de escritura”; “el historiador pasa de una realidad histórica <textual> (historiografía, o Historia) producida por una operación cuyas normas son establecidas con anterioridad”, por eso la historia es primero “institución”) abren caminos al historiador de lo cultural —en su campo de investigación, el período revolucionario francés— hacia una mayor comprensión de las prácticas y comportamientos de la sociedad ligando “la construcción discursiva de lo social a la construcción social del discurso”.

El corpus nocional que ha colaborado en multiplicar la interpretación sociológica de lo cultural impulsa a Chartier a retrabajar, una vez más, su conceptualización de “representación” imprimiéndole un carácter operativo al diferenciarla de otros conceptos provenientes de “l’histoire des mentalités”. Básicamente permite explicación plural al interrelacionar tres áreas de la “realidad”: la división del mundo social; las formas en que tanto la identidad social como el poder se manifiestan; por último como “presentification” en el marco de la representatividad de una identidad o un poder. Ejemplo, la diversidad de formas que adquiere la creencia aparece en L. Marin en el terreno de las representaciones del poder.

Roger Chartier no duda del avance que ha representado para la operación histórica la ruptura definitiva con *l’histoire événementielle* —desde variadísimas perspectivas— a partir del

momento que se llegó a apreciar que el conocimiento no es mera "coincidencia", pero sí "representación" con el propósito de reflexionar hacia una narrativa histórica. Con todo, frente a esta tensión que enfrenta la historia en cuanto a quedarse entre las ciencias sociales y la tentación de pasarse al terreno de la crítica literaria —en mi entender posición demasiado dicotomizada— Chartier propone contribuir a una "refundación" de la disciplina; formular una "nueva teoría de la objetividad" respondiendo al hecho que las "coincidencias, reflejos y equivalencias han muerto".

En 1995 Lynn Hunt (recordemos que hace años trabaja medulosamente en una teoría de la historia cultural —*The New Cultural History*/89— el año pasado publicó su estudio de caso *Prostitution in the French XVIII Century*), Margaret Jacob y Joyce Appleby publicaron *Telling the Truth About History*, texto de imprescindible lectura para el interesado en la percepción y desarrollo del tema "historia-verdad" en la última historiografía. La sugerencia de Chartier de volver a fundar apela al capítulo "Truth and Objectivity" en el que las autoras americanas trabajan el "realismo práctico".

Idea central: formular una nueva teoría de la objetividad —"our version of objectivity concedes the impossibility of any research being neutral and accepts the fact that knowledge seeking involves a lively, contentous struggle among diverse groups of truth-seekers"— entendida como "relación interactiva entre el sujeto que inquiere y el objeto externo". Esta puntualización parece olvidar algunas definiciones nodales planteadas en el interior del materialismo histórico. Carlos Pereyra, por caso, quien bien podría haberse incluido en esta selección de Chartier de trabajos fundantes interrumpidos por la muerte.⁽²⁾

Curiosamente Appleby-Hunt-Jacob, en el interés de configurar esta nueva objetividad, apelan a la correspondencia sujeto-objeto con la mediación de la palabra; cuestión algo oscura. La "gramática" pertenece a la "mente", pero las "palabras" resultan del "contacto con el mundo"; recordando que "the historian is someone who reconstructs a past pieced together from records left by the past, which should not be dismissed as a mere discourse on other discourses".

A pesar de su sugerencia inicial, Chartier se muestra no demasiado convencido que una nueva teoría de la objetividad sea la única meta para salvar el "acantilado", sino resolvemos los historiadores retomar el sendero "del archivo al texto, del texto a la escritura y de la escritura al conocimiento" para enfrentar el desafío que nos presenta la historiografía hoy; "to found the discipline of history in its dimension of knowledge, and a knowledge that is other than the one furnished by works of fiction, is in a certain manner to walk along the edge of the cliff".

Mención especial merece el epílogo "Friendship with History: Phillippe Ariès", donde Chartier recapitula a título de homenaje sobre el texto teórico *Le temps de l'histoire* —ocho textos escritos a lo largo de cinco años; publicado por una pequeña editorial de Mónaco en 1954— donde el especialista en el tema de la muerte, con visión historiadora, vuelca su visión de la disciplina que ha abrazado, explayándose sobre las influencias recibidas; ilustrándonos sobre su propia experiencia de historiador y sugiriendo nuevos recorridos. Phillippe Ariès siempre estuvo varios pasos adelante de sus contemporáneos.

El valor del texto en cuestión: Ariès fue el primero, por fuera de la "escuela", en reconocer —en forma explícita— la impronta de Bloch-Febvre en una reconfiguración de la operación histórica —fenómeno que Peter Burke, en algún momento, ha denominado "la nueva-vieja historia"—. Chartier se muestra ciertamente molesto —con razón— por la indiferencia que este libro tan especial ha debido soportar, desde su publicación y re-edición (1954 y 1986) por parte de la comunidad historiadora —indica que tanto en Francia y en

reseñas de científicos sociales, a nivel internacional, fue citado sólo en dos ocasiones en la época—.(3)

En nuestro medio no padeció Ariès la indiferencia que soportó en su país. Aunque no podía ser de otra manera, por una cuestión de tiempos y circunstancias histórico-geográficas los miembros de la cátedra Teoría de la Historia (UNR) conocimos el valor de *El Tiempo de la Historia* cuando fue publicado por Paidós Studio (Buenos Aires, 1988). Fue incluido en la bibliografía indicada a los estudiantes; leído en nuestro Taller de Historia de la Mentalidades; por mí citado en varias oportunidades a raíz de publicaciones sobre el problema del milagro real en Marc Bloch. Por seguir recurrimos a sus enseñanzas en la compilación, C. Godoy-E. Hourcade, *La Muerte en la Cultura* (1993). Desde un principio reconocimos la tarea ímproba que se impuso, crear por fuera de la institución; debiendo sostener a su familia desde su trabajo como director del Centre de Documentation de l' Institute des Recherches sur les Fruits et Agumes Tropicaux.

Ariès —aún no siendo miembro de la "escuela"— se mantuvo fiel al programa de los fundadores de *Annales*: conciencia colectiva; psico-historia; fuentes no convencionales; nuevos objetos. Desarrolló el estudio de la muerte desde perspectivas más laxas, que las modélicas del momento, amplitud que daría lugar a esta "nueva" historia que menciona Chartier. Muchos de sus contemporáneos no lo entendieron. Otros sí. Duby se asoció a Ariès en la empresa de la "vida privada". Con seguridad, al leer *Ensayos de la Memoria* —recientemente editado— nos solazaremos con un Ariès que siempre sorprende con su frescura.

On the Edge of the Cliffs es primera edición en 1997 en USA y Londres simultáneamente, a cargo del departamento de Prensa de la Universidad John Hopkins. Consta de once ensayos integrantes de: Part 1: Fiction and Knowledge; Part 2: Discourse and Social Practices; Part 3: Figuration and Habitus: Norbert Elias; Epilogue: Friendship with History: Phillippe Ariès. Y una Introducción historiográfico-conceptual sobresaliente.

El año pasado Manantial de Buenos Aires editó *Escribir las Prácticas*, donde se incluyó tres ensayos —de los once que presenta *On the Edge...*; agregándose "El poder, el sujeto, la verdad. Foucault lector de Foucault"— producto de exposiciones realizadas con motivo de su visita a Buenos Aires y Mar del Plata en el año 1996, como Chartier lo indica en una introducción ad hoc.

Por supuesto que los intereses específicos inciden en las apreciaciones personales sobre el otro; no puede ser de otra forma. *On the Edge...* resulta lo mejor publicado hasta el momento por Chartier. Sus análisis críticos de otros, junto a sus propios aportes forman un precioso conjunto que pone en caja algunas cuestiones inherentes a este debate de fin de siglo que deja vislumbrar, en mi opinión, ciertos rasgos similares al sostenido entre la historia y la sociología unos cien años atrás. Esta remembranza coincide en el valor que Chartier le adjudica al proyecto de leer, en este sentido; y "releer los clásicos de las ciencias sociales (Elias, pero también Weber, Durkheim, Mauss, y Halbwachs)"; a los que agregaría algunos más...

NOTAS

- (1) No es el caso de Foucault, quien además no aparece comentado en esta reseña porque ha sido extensamente trabajado por Chartier en *Escribir las Prácticas*. Con de Certeau ocurre otro tanto.
- (2) En otro orden de cosas, anoto otro ausente: el británico John Pocock; con el propósito de discutir la alternativa que representa para Chartier el "regreso a lo político" desde el análisis del discurso.
- (3) Recordemos que curiosamente con *Los Reyes Taumatúrgos* (1924) de Marc Bloch pasó otro tanto hasta su muy tardío y tangencial reconocimiento —epilogado por Carlo Ginzburg y Jacques LeGoff respectivamente— muy avanzado nuestro siglo.

Las Ideas y sus Historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa; de Alejandro Herrero y Fabián Herrero (comps.), Centro de Publicaciones, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina, 1996.

Estimulante ejercicio el de acercarnos a la lectura del libro donde Alejandro Herrero y Fabián Herrero han retratado en un instante de particular productividad el campo de la historia de las ideas y de sus historiadores en la Argentina de este fin de siglo.

El libro nos muestra una nueva estación en el trabajo de los Herrero, sucediendo a la publicación de un Dossier sobre historia de las ideas en la revista *Estudios Sociales* durante 1994, con una intención precisa y adelantada por ellos mismos en la presentación del libro: "crear fuentes documentales para una futura historia intelectual de un fragmento del campo en estos años 90".

La estructura del libro cuyo armazón central descansa en las encuestas que una larga serie de intelectuales han respondido en base a cuestionarios estandarizados, permite varios planos de lectura. Precedidas por una presentación de los autores y por un valioso estudio de Roger Chartier titulado "El espejo invertido", se despliegan las respuestas de 32 intelectuales en dos bloques diferenciados. Si en el primero, donde se ha agrupado a aquellos que se supone ya consagrados, sea por la larga trayectoria en la disciplina sea por aportes que son considerados fundamentales a la misma, las preguntas bucean en los recuerdos de la etapa formativa y permiten explayarse sobre los climas políticos e intelectuales de esos años amén de repasar las tradiciones que a lo largo de décadas han alimentado la disciplina, en el segundo bloque que agrupa a trece historiadores cuya emergencia es más reciente, las preguntas han girado alrededor de las temáticas del trabajo actual, de sus horizontes teóricos y metodológicos y de las perspectivas futuras. Sin embargo, más allá de los carriles que marcan las preguntas, tanto unos como otros han respondido desde un amplio espectro de experiencias y esperanzas, que hacen que la lectura del libro resulte un *continuum* por recorrer en su conjunto si se quiere tener como resultado el mapa completo del estado actual y las perspectivas futuras de la historia de las ideas.

Si seguimos como primera pista el estudio preliminar de Chartier diremos que aquella intención puesta por Alejandro y Fabián Herrero en el futuro puede comenzar a ser cumplida hoy, toda vez que este autor comprueba a través de las respuestas la vitalidad mantenida por la disciplina cuyas razones residirían en que "la historia de las ideas al modo argentino no ha estado encerrada en definiciones estrechas que a menudo la han debilita-

do". En otras palabras, al proclamar la existencia de "un modo argentino" dentro de la especialidad, Chartier nos señala que las respuestas le han permitido reflexionar sobre el conjunto del campo por sobre la fragmentación y la diversidad de sus enunciantes.

La convocatoria realizada por los autores dentro del primer grupo ha sido notablemente amplia, ya que encontramos allí intelectuales provenientes de las letras como Beatriz Sarlo, del psicoanálisis como Hugo Vezzetti, de la filosofía como Hugo Biagini, Ezequiel de Olaso, Oscar Terán o Arturo Andrés Roig, a historiadores como Chiaramonte, Burucúa, Botana, Hebe Clementi, Félix Weinberg o Devoto, o a hombres del derecho como Víctor Tau Anzoátegui. Estas diversas proveniencias y trayectorias incluyen a su vez modos a veces totalmente disímiles de concebir la historia de las ideas. Chartier ha concentrado sobre ellos una mirada aguda y entre esta diversidad nos propone un agrupamiento alrededor de tres rasgos o perspectivas:

1) La primera es aquella que a la manera de Pocock y Skinner, practica Botana. En ella se trata de comprender cómo los discursos políticos articulan de manera específica aquellos lenguajes conceptuales que los hacen posibles. Aquí la política es considerada como un lugar de expresión privilegiado de lo social, poniéndose simultáneamente el acento en la dimensión voluntaria y reflexiva de los pensamientos y las acciones humanas. De haber contando con el segundo grupo de respuestas quizás Chartier hubiera ubicado en este grupo, aunque con matices y diferencias, algunas líneas de trabajo presentes en Elías Palti, Alberto Lettieri, Pablo Emilio Pavesi o Eduardo Zimmermann.

2) Una línea de trabajo que subraya la especificidad de la historia de las ideas diferenciándola de aquella que no lo es (la historia de las mentalidades, la historia cultural, la historia del imaginario), articulándose necesariamente con el conocimiento de las estructuras del mundo social y de las representaciones colectivas. Posición ésta de Gastón Burucúa y en cierto modo de Fernando Devoto.

3) En una tercera perspectiva la historia de las ideas abandona toda especificidad ya sea ligada a un objeto propio y restrictivo (las ideas, las teorías) ya a un medio dado (las élites) ya a una trayectoria única (el análisis conceptual). Así Hugo Vezzetti considerará a la disciplina como un "campo de encuentros y tensiones múltiples", Terán la identificará con amplitud como "historia de lo simbólico", y Beatriz Sarlo pondrá el acento en la multiplicación de sus objetos que son aquellos de los *cultural studies* o de la sociología de los intelectuales.

Asimismo, Chartier observa la escasa repercusión de los debates que en torno al *linguistic turn* han acaparado buena parte de la atención en EEUU y Europa. Observación ésta que debería matizarse si se siguen las respuestas del segundo bloque donde trabajos como los de Silvia Delfino y aun los de Alberto Lettieri con sus análisis de la discursividad política en el siglo XIX prestan atención —no excluyente— a aquella matriz teórico-metodológica.

Pero, es a partir de aquella tercera perspectiva más amplia del concepto de historia de las ideas que amplía el horizonte de las preguntas del investigador desde donde creemos posible abrir un primer surco para evaluar la producción de un bloque considerable de la nueva generación.

Dejando al lector del libro la ineludible tarea de recorrer la riqueza de matices de las primeras diecinueve encuestas y del estudio que sobre ellas realizó con agudeza Roger Chartier, pasamos entonces a ocuparnos de este bloque de trece investigadores (número que esperamos haya surgido del más puro azar, en una generación ya suficientemente crucificada).

Pues bien, en este segundo grupo las respuestas han excedido, por lo general, las expectativas que las preguntas suponen o bien éstas han sido suficientemente permeables para que emerjan cuestiones de trascendental importancia para el futuro de la disciplina. Nos referimos al compromiso político y a la vocación pública que varios de los encuestados manifiestan y a la forma vital y creadora en que la enlazan con su suceder académico. Así, recorramos entonces los puntos más salientes y los nudos problemáticos que nos proponen estos jóvenes intelectuales.

1) En primer lugar, multifacéticos estudios sobre los intelectuales, los campos de su acción y su vinculación con el mundo de la política hilvanan los trabajos de Alejandro Cattaruzza, Jorge Cernadas y Leticia Prislei. Los tres investigadores, aun con utillaje diverso y preguntas bien diferenciadas están abocados a la tarea de reconstruir ese espacio fundamental de la sociabilidad argentina y americana donde los intelectuales, desde aquellos más notorios hasta los militantes intermedios o de base, han contribuido a configurar sensibilidades y climas de ideas en su ambición de operar sobre las estructuras de la sociedad en las múltiples formas en que el compromiso de los hombres adopta para modificarlas. Como lo resume con claridad Cattaruzza el problema para él central es: "cómo estos hombres concebían el mundo, qué herramientas mentales utilizaban para explicarlo, cómo imaginaban su pasado y su futuro". Prislei en las dos primeras décadas del siglo, Cattaruzza entre los años 20 y 50 y Cernadas llegando hasta los más cercanos 60, cubren así con sus investigaciones un arco de décadas y problemas central para la historia de las ideas argentinas de este siglo. Como se encarga de aclarar Cernadas, animan estos trabajos, vocaciones que nada tienen que ver con el "afán de anticuario", sino con preguntas que los acicatean desde el propio presente y desde las experiencias más inmediatas de lucha generacional.

Jorge Myers, a su vez, estudiando la emergencia de una figura moderna de intelectual en el siglo XIX en el plano de intersección entre los discursos y las instituciones también nos alienta en la idea de que la historia de los intelectuales imbricada con el mundo de la cultura y la política está siendo revisitada con nuevas armas críticas en los últimos años.

Pablo Emilio Pavesi, por su parte, partiendo del análisis conceptual de los textos ha conducido su trabajo sobre los ideólogos franceses del tardoiluminismo, hacia el campo de la historia de la filosofía, en un movimiento donde la impronta de su director Jorge Dotti, se revela con nitidez.

Mención especial nos merecen aquí las respuestas de Adrián Gorelik, quien ha concebido su tesis como una problematización de aquella intersección entre *formas e ideas* que se manifiesta en la creación de un espacio público urbano como producto fugaz e inestable entre forma y política. Gorelik nos alerta sobre dos peligros que acechan a la nueva generación: a) el peligro a la reducción operativa de la historia cuando toda su productividad se busca en la funcionalidad a posiciones actuales, y b) el peligro a la "tentación académica" que reduce todo el esfuerzo intelectual a la esterilidad de la "cultura del paper" y a "la proliferación de congresos que sólo sirven para llenar una línea en los antecedentes". Para Gorelik, la deseada y necesaria consolidación académica institucional no debe traducirse por medio de aquellos mecanismos rutinarios, en un caída de tensión intelectual.

2) Si Chartier en su estudio preliminar anotaba la ausencia —entre el primer grupo de entrevistados— de la reflexión en términos de géneros, el análisis de los efectos de sentido producidos por las formas, o la materialidad misma de los objetos culturales (aunque acaso aquí no haya tomado en cuenta los trabajos de Sarlo, especialmente su *Imperio de los sentimientos*); en el segundo grupo la atención de varios investigadores (Cattaruzza, Prislei, Cernadas, nuevamente) hacia las revistas culturales como el lugar del intelectual colectivo y

su función organizadora dentro del campo, señala una preocupación evidente en aquel sentido. Esta línea de estudios encuentra además un claro exponente en el trabajo de Sylvia Saitta quien parte de la hipótesis de que la aparición de un nuevo periodismo masivo y comercial en las primeras décadas del siglo (especialmente el caso del diario *Crítica*) reconfigura el resto del campo intelectual, reorganizando a su vez la relaciones políticas y culturales entre diferentes sectores sociales.

3) Otra cuestión que subtiende a la mayor parte de las respuestas es el señalamiento de la ambigüedad y elasticidad del estatuto de la historia de las ideas y el reconocimiento de que en la mayor parte de los casos se trabaja con un marco teórico heterogéneo, donde fragmentos de teorías se combinan con aportes conceptuales muy variados. Esta situación muchas veces tiene que ver o bien con el enfoque multidisciplinar que se aplica a ciertos objetos propios del campo de las ideas, la cultura y los intelectuales o como explica Gorelik en su caso particular: "la ciudad es un objeto que ya en sí es un gran transformador eléctrico en el que se modifican y fusionan objetos muy diversos que demandan abordajes teóricos de los más variados".

La referencia de Alejandro Cattaruzza a Paolo Rossi dentro de los debates recientes sobre la historia de las ideas apunta a su vez a señalar que el historiador ha de enfrentarse las más de las veces a "unas ideas ambiguas, esquivas, ni fácilmente determinables ni rigurosamente definibles, que tienen que ver con los modos de sentir, con las emociones, con el mundo de la sensibilidad, con la imaginación". Si estos planos sugerentes pero ambiguos de las ideas seducen hoy al historiador, este deberá entonces, como se ocupa de señalar Eduardo Hourcade, abandonar la pretensión de superioridad alguna para la historia como disciplina "total" o "englobante". Es un desafío que a su vez anuncia un programa de trabajo interdisciplinario.

Este aparente eclecticismo, no oculta sin embargo algunas ambiciones fuertes como la de Elías Palti en su trabajo sobre la invención de una legitimidad en América Latina en la segunda mitad del siglo XIX, donde al abordar la zona problemática de las relaciones entre los discursos y las prácticas, adopta el concepto lacaniano de síntoma y manifiesta su predilección por los aportes de epistemólogos como Piaget o Stegmüller.

De todas formas, algunos nombres y tradiciones son recurrentes: Raymond Williams, Bourdieu, Christopher Hill, Hoggart, Gramsci, Foucault, la escuela de *Annales* sobre todo a partir de su segunda generación, Aires, Vovelle, Darnton, Carlo Ginzburg, el marxismo británico, etc. En cada uno de estos casos podemos ver asimismo un signo de pertenencia, esto quiere decir que algunos de los intelectuales de más larga trayectoria como Sarlo, Terán, Burucúa, Vezzetti y otros están presentes a través de estas influencias teóricas y metodológicas en los investigadores de la nueva generación. Estas influencias han permeado a través de la cátedra, la dirección de becas, los programas de investigación, etc. y por sobre estas formas por cierto "clima de ideas" donde la mayor parte de los nuevos historiadores de las ideas viene abrevando desde la restauración democrática.

4) Otro punto de relevancia es —a diferencia de la dispersión de experiencias y aprendizajes de los historiadores del primer grupo— la regularidad de las carreras profesionales de este grupo. Casi todo ellos se encuentran en proceso de elaboración de sus tesis de doctorado y son o han sido recientes becarios de la Universidad. Esto habla sin duda de la estabilidad y profesionalización que la investigación ha alcanzado en el país. Tal vez por esto mismo un grupo considerable de estos historiadores expresen una cabal conciencia de la misión inexcusable de defender la universidad pública frente a las políticas gubernamentales que tienden a recortar los fondos para la investigación cultural y vean en esta defensa una

de las formas de vincular su producción intelectual con un compromiso social mayor. En paralelo con esta situación debemos señalar también la importancia que algunos lugares específicos de reflexión y discusión han tenido para ellos: el Programa de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura en la Argentina dirigido por Oscar Terán con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Emilio Ravignani" de la UBA; el Taller de Historia de las Mentalidades y el Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre la Sociedad y la Memoria Colectiva, ambos de la Universidad de Rosario; el PEHESA; y, en el ámbito de los emprendimientos editoriales, las revistas *Entre pasados*, *Punto de Vista* y *Estudios Sociales*, son algunos de los ejemplos que se ofrecen en este sentido. En la presencia de preocupaciones comunes, referentes intelectuales compartidos y vocaciones paralelas puede leerse la vitalidad de estos centros como lugares de construcción de un saber común.

5) Un último punto nos parece remarcable, ya que éste enlaza enfoques presentes en historiadores de ambos grupos. Es aquel que resalta Oscar Terán al referirse al problema de la "traducción" de las ideas del mundo europeo o norteamericano a nuestra cultura y sobre el que Chartier en su introducción llama especialmente la atención. En efecto, si el historiador francés considera que el trabajo de Alejandro y Fabián Herrero le ha permitido situarse frente a un "espejo invertido" donde su mundo intelectual "ha adquirido trazos menos familiares", es porque a la luz de las encuestas se advierte que la cuestión de la circulación y la traducción de ideas es una preocupación articuladora de varias líneas de investigación, toda vez que ya es moneda corriente en nuestro campo intelectual el abandono de los viejos procedimientos de "filiación" e "influencias". Así Silvia Delfino, desde las letras, reclama para su investigación sobre el papel de la burla en la elaboración de un concepto integrador de la cultura nacional en el siglo XIX, la utilización de una noción de "traducción" que no funciona como mera importación de ideas sino como articulación que transforma, en condiciones específicas, tanto los conceptos o ideas como las formas simbólicas en que se traducen.

Por su parte Daniel Omar de Lucía apuesta en el mismo sentido al repensar las relaciones culturales centro/periferia/centro para reconstruir la presencia de grupos librepensadores en la Argentina de fines del siglo pasado, aunque tal vez en este caso específico tenga un peso mayor aquella tradición de los estudios sobre una "filosofía latinoamericana" desarrollados por dos de los encuestados en el primer tramo del libro: Arturo Andrés Roig y Horacio Cerutti Guldberg.

Para terminar diremos que más allá de los rituales debidos a presentaciones y reseñas de este tipo, la lectura de esta obra resultará indispensable no sólo para aquellos que quieran componer un mapa de los estudios sobre historia de las ideas en la Argentina, sino para aquellos mismos que la están haciendo. Para aprobar y disentir, para reconocerse en otros y para redescubrir que en toda trayectoria intelectual que sostenga un deseo puede reflejarse una parte de la propia aventura personal.

Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820; de Carlos Mayo, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1995 (incluye prólogo de Tulio Halperin Donghi).

Quiero exponer mis argumentos para que ayuden —o mejor me ayuden— a comprender porqué me gustó leer y pensar sobre algunas ideas que atraviesan el presente volumen. Este, se inscribe dentro de una problemática que recorre la historiografía argentina de estos últimos años. Precisamente el autor, en palabras de Tulio Halperin, es uno de los miembros de ese "vigoroso avance historiográfico al que estamos asistiendo" (pág. 12). Carlos Mayo debe su reputación de sólido e inteligente historiador a los trabajos que, en buen número, forman parte de esta obra y que fueron anticipados en revistas académicas o presentados en diversos congresos de historia desde la década anterior. Dentro de esta perspectiva, señalemos una marca que distingue a este esfuerzo renovador del período tardocolonial: constituye una de las pocas líneas de investigación, desde los años de la recuperación democrática luego de 1983, donde puede oírse la voz inconfundible de la polémica, percibiéndose en ella un tratamiento "alto" y no "bajo" de esta forma de intervención. Se ha indicado, en el prólogo de esta edición, el lugar paradójico que ha ocupado Mayo en aquel debate: "Por una parte está en el centro mismo de él, y no sólo porque se internó en esta exploración antes que otros estudiosos, sino porque en buena medida quienes se fueron incorporando a ella iban a hacer de su aporte un ineludible término de referencia para articular sus propias preguntas y curiosidades." Así lo reconocía la decisión del comité editorial del *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales* de Tandil, que lo invitó a abrir y cerrar la polémica sobre el mundo rural porteño, que incluirían en su segundo volumen, de 1987, y lo confirmaba el tenor mismo de las otras contribuciones a ella. (pág. 12)

En este libro, se ha intentado "dibujar una suerte de historia social de la ganadería colonial porteña...", reconstruyendo, "—a partir de un análisis de sus actores más relevantes— la sociedad que la estancia contribuyó a crear en la llanura bonaerense." (pág. 22) Es claro que la intención —en todo el texto— es observar a esa unidad de producción rural desde, absolutamente, todos los pisos del edificio social: en esa forma vemos aparecer a los propios estancieros, pero también los capataces, los peones, los agregados. Asimismo, no se permite pasar en silencio por lugares poco frecuentados por los estudiosos del período, como los que ocupan la mujer y los capataces esclavos.

Resulta, especialmente atractivo, el análisis de breves biografías como la de los Otolara o los Obligado, situados en medio de aquel paisaje minado por los problemas de una sociedad en construcción, una sociedad que en términos de José Pedro Barrán podemos llamar propia de una "cultura bárbara". Y es a partir de estos relatos donde las tensiones se hacen, particularmente palpables, por ejemplo cuando evoca acontecimientos protagonizados por aquellos miembros de familia que aparecen, a primera vista, como simples hilos delgados y sueltos: precisamente, en ese cuadro donde se percibe al desnudo toda aquella fascinante fragilidad de la vida cotidiana, reside uno de los méritos de este trabajo.

En ese contexto, la imagen de la campaña que propone Mayo contrasta abiertamente con la conocida versión histórica del gran terrateniente visto como el dueño casi absoluto de todo el poder político y económico. Esta investigación señala por el contrario, la existencia de la pequeña y mediana propiedad en los campos porteños y el relativo poder de los grandes estancieros. Esas interpretaciones que también comparten otros historiadores, aparecen aquí increíblemente del lado opuesto a la primeramente descripta, imágenes que casi podemos sentirlas tan distintas como el invierno y la primavera.

Una línea de Halperin, por otra parte, se podría decir que sirve de puente para cruzar todas estas páginas. Le permite repensar a Mayo —casi más de dos décadas después que aquél la escribiera— cierta idea que se discute y se extiende aquí con trazo fuerte. En *Revolución y Guerra* —porque de este sabrosísimo libro estamos hablando—, se sugiere que la sociedad colonial estaba menos renovada que su economía, recordando que de ese "arcaísmo" sólo se salvaban las zonas de nueva ganadería en el Litoral; la versión que propone Mayo intenta probar que fue la economía en sentido lato la que había renovado esa sociedad. Confieso que en un primer momento, pensé que el historiador de *Los bellemitas de Buenos Aires* pasaba con suma facilidad de un extremo a otro, es decir, si la sociedad colonial era fácil de distinguir por sus rasgos más duros señalados generalmente en el caso típico de los estamentos, por qué Mayo subraya sólo constante y casi obsesivamente los aspectos de movilidad y, no hace lo mismo en ese sentido, con otros tópicos de aparente inmovilidad: por ejemplo en la muy inteligente descripción que se indica aquí, una y otra vez, sobre el movimiento incontrolable —para los estancieros— de los peones de la campaña. No obstante, mi cuestionamiento se debilitó hacia el final de este texto cuando el autor nos ofrece una puntual respuesta a estas sospechas, escuchémoslo:

"No es que el ideal estamental y corporativo hubiera desaparecido de la mentalidad colectiva —recordemos que los hacendados formaron gremio, que se habló de introducir la mesta, que se quiso por un mandato legal hacer perder el status de estanciero a los pequeños ganaderos—, lo que ocurría es que la peculiar estructura económica de la pampa colonial licuaba esos intentos hasta hacerlos ineficaces. Una sociedad de corte estamental y corporativo simplemente no podía fundarse con éxito en un ámbito donde el control de los hombres y los ganados era tan tenue y tan problemático. Una economía de ganadería sin cercos, caracterizada por una amplia oferta de tierras y un fácil acceso a ella, mercantilizada y con una fuerte presencia del mercado, pero donde el acceso directo a algunos medios de subsistencia no había desaparecido, no podía sino desdibujar y desteñir los aspectos más arcaicos del modelo de estratificación social heredado." (pág. 191-192) De este modo, sintetiza el autor de *Estancia y Sociedad*, "la economía ha renovado aquella sociedad rural, la ha liberado en gran medida de los aspectos más rígidos de la tradición estamental y corporativa del modelo que echaron a rodar los conquistadores, la ha hecho menos arcaica, más próxima a nosotros, pero no la ha modernizado por completo". (pág. 194)

En otro lugar, hay una línea de historia política, altamente sugestiva, que aparece casi de manera secundaria en la economía de este relato. El punto de partida de Mayo —inspirado por un pasaje del ya varias veces citado Halperin— se ha empezado a insinuar más arriba, a sus ojos es perfectamente posible imaginar que si el poder de los hacendados era, como se ha hecho notar, acotado, como asimismo, si las milicias rurales —hechas de plebe— eran levantiscas y tan impredecibles que abandonaban, por mencionar un caso, sin más trámite al sargento mayor don Clemente López, estanciero fuerte del sur de la futura provincia. ¿Cómo explicar —se pregunta Mayo— esos disciplinados "colorados del Monte" que al mando de su nieto Juan Manuel de Rosas ponen orden, en el trágico año 1820, en una Buenos Aires sacudida por la crisis política y la inestabilidad? ¿Cómo explicarse, algo más tarde, la mentada popularidad de aquél entre los gauchos y peones de la pampa?

"Ese poder del caudillo Rosas sobre las masas rurales —contesta el autor— es ante todo personal y político, un poder que ha sido hábilmente construido por él mismo y no heredado, un ascendiente que no devenía primordialmente de su linaje, del control de un aparato estatal aún débil que todavía no estaba en sus manos o de la misma estructura social que pudo quizá prefigurar, en forma menos decisiva de lo que se cree, ese liderazgo, pero

no lo había determinado. No sólo la estructura de la sociedad agraria, surgida de la colonia tardía, no había determinado ni producido aquel liderazgo sino que, me temo, estaba en realidad reclamándolo." (pág. 83)

¿Qué caminos, entonces, debió atravesar aquel caudillo para arribar a ese poder o, en otras palabras, por qué peones y gauchos se encolumnaban sumisamente detrás de ese joven estanciero? Si peones y gauchos seguían a ese hombre, no era por su condición de estanciero —razona el autor—, aunque los hacendados estaban en ascenso después de la revolución, que porque había sabido ganarse políticamente la adhesión personal de su clientela y lo había hecho, según se lo comentó Rosas al diplomático oriental Santiago Vázquez, no jactándose simplemente de su condición de rico señor de ganados que esperaba por ese solo hecho ser obedecido sino todo lo contrario: seduciendo al gauchaje, mimetizándose en parte con él, convirtiéndose en gaucho como ellos, haciendo "cuanto ellos hacían" para ganar su adhesión. Y esa estrategia de captación personal de voluntades rurales, además, la elaboró seguramente por medio de recursos que deben haber incluido el favor y hasta la promesa de protección.

Detengámonos un momento, en los motivos que llevaron a este nuevo caudillo de la provincia de Buenos Aires a decidirse por este camino. Básicamente, porque aquellos indóciles gauchos y peones —continúa Mayo— que trabajaban por una breve temporada en la estancia, debían ser previamente seducidos para lograr su lealtad y su sumisión. También había elegido esa estrategia porque, en parte, las viejas redes clientelares, en su relativa precariedad, no resultaban del todo suficientes para asegurarle el poder aunque es posible suponer que las utilizó para crearse su séquito rural. (págs. 83-84)

Bien se puede apreciar aquí, un rasgo que señalaré más precisamente hacia el final de mi comentario, esta hipótesis se fue elaborando gracias a este diálogo entre las conclusiones de la óptica social y estas interpretaciones políticas. De este modo, aun más terminante, sintetizando algunos aspectos mencionados sostiene el autor que, "aunque parezca paradójico", el surgimiento del caudillismo rural bonaerense hacia 1820, puede hallar así una respuesta en el fracaso de los hacendados tardocoloniales en construir una sólida hegemonía social, se la puede entender, entonces, desde la perspectiva de una economía pastoril que no había podido controlar con éxito a los hombres y los ganados. Ese joven hacendado, llamado Rosas, que se estaba iniciando en la vida pública no era heredero de una sociedad agraria férreamente estratificada hecha de latifundistas, campesinos brutalmente despojados y peones endeudados. Estos fenómenos, que no eran del todo ajenos a la llanura posrevolucionaria, recién ahora tenían un sentido cierto en algunos sitios de la nueva provincia y no en todos. El orden deseado no estaba allí sólidamente cimentado y anclado en la sociedad rural legada por la colonia, no emanaba de ella, sino que debía ser construido. Y debía construirse desde una estrategia que lograra, a partir de una clientela política, compensar con la lealtad personal de sus integrantes a la figura del caudillo las debilidades de una red clientelar más antigua que las condiciones estructurales que no permitían afirmarse con la fuerza y la cohesión anheladas.

Sobre esta "hermosa hipótesis", como justamente escribió Jorge Gelman, me gustaría anotar algunos aspectos que pueden ampliar hacia otras direcciones la afirmación de Mayo. Espero se entienda que en este espejo no es intención del comentarista ver su propio rostro sino, precisamente, que en él se reflejen otras posibilidades que nos provoca la lectura de esa fulgurante línea recién mencionada. En ese sentido, anotemos rápidamente las circunstancias políticas que se suceden en la provincia en el momento en el cual entra en escena Rosas y sus Colorados del Monte. La crisis del año veinte encontró un punto aparentemente sólido

de solución hacia setiembre, cuando Martín Rodríguez es proclamado gobernador de la provincia. El empate de fuerzas sostenido entre federalistas y lo que se denomina el partido de los restos de la vieja facción directorial cede, en aquel mes, a favor de estos últimos. El nuevo gobernador, la junta de representantes, como así también, muchas de las fuerzas dispersas de la campaña responden a este signo político. Por su lado, los federales se refugian en el cabildo: el otro actor relevante de esta facción es Dorrego que desde su caída en Santa Fe, a manos de López, no puede reunir fuerzas suficientes para enfrentar la nueva situación y, todavía más, avisa inmediatamente a la Junta que por razones de salud considera inevitable su reemplazo. En ese marco, la Junta consolida un proyecto que desde hacía varios meses venía apoyando, la creación a cargo de Juan Manuel de Rosas de una caballería, pieza clave para la resolución de los conflictos provinciales.

La imagen clásica destaca sustancialmente la actuación de los hombres de campaña; ésta salva a la ciudad, para decirlo simplemente como se suele leer. También, que la emergencia de la campaña rompe el espacio político hegemónico de la ciudad frente a aquélla. Nuestra hipótesis es que algunas autoridades de la ciudad y otras de la campaña, conjuntamente organizan la caballería que finalmente vence a los revolucionarios federales de octubre de ese año, restableciendo de esta manera, el tan ansiado orden. Veámoslo brevemente.

La Junta de Buenos Aires que reside en la ciudad, dato importante porque durante ese año varias juntas se forman en pueblos de la campaña, como venimos sosteniendo, insistió ante Rodríguez para que formase cuanto antes cuerpos veteranos de caballería (que se conocerá con el nombre de los Colorados del Monte), en la sesión del 27 de setiembre se dice que ese debe ser "el principal desvelo". El 28, después que aquél prestara juramento como nuevo jefe del gobierno provincial, se resolvió nombrar a los diputados Alzaga y Pinto "para que acercándose con frecuencia al Gobernador activen el establecimiento de los dos cuerpos de caballería veterana."

Por su parte, Rosas en su manifiesto escrito después de su triunfo, señaló especialmente que la comandancia de los Colorados del Monte le fue otorgada por el gobernador Rodríguez que es, al mismo tiempo, "capitán general de la provincia". Recordemos que las "fuerzas legales" hacen su ataque desde la campaña a la ciudad, estrategia diseñada por Rodríguez que se pone a la cabeza de las tropas ordenando a Rosas que avance sobre la capital. Posteriormente lo autoriza, como observamos, a escribir un manifiesto sobre lo sucedido. Políticamente, Rosas depende y obedece al gobernador y capitán general de la campaña, surgiendo al final del acontecimiento como uno de los héroes de la jornada aunque no es el único. En relación con los aspectos militares, la tropa se halla mezclada entre hombres que contribuye el estanciero —y seguramente los de algunos amigos— y tropas milicianas. Esto es admitido por el propio Rosas.⁽¹⁾ Asimismo, éste económicamente recibe apoyo del gobernador: caballos por "donativo o pago", dinero en efectivo y algunas "remesas de auxilios".⁽²⁾

Ahora bien, para explicar el porqué de esa interacción entre miembros de la campaña y la ciudad debo retomar la hipótesis del autor de *Estancia y Sociedad*. Durante todo aquel crítico año, absolutamente todos los gobernadores intentaron sostener una caballería para lograr el poder hegemónico de la provincia. Por otra parte, si la penuria económica era grave en febrero ante la derrota sufrida frente a los caudillos del Litoral, después de julio era aun mayor, ningún propietario ni el propio gobierno daría, como se dice, una moneda, si no estuviese convencido de que algo medianamente seguro lograría con ello. En ese contexto: ¿Por qué la Junta y el gobernador designarían a Rosas como comandante de la

imprescindible caballería y la apoyarían con dinero y auxilios diversos? Porque hábilmente, como sugiere Mayo, Rosas puede organizar un ejército, y no sólo eso, sino que puede interactuar exitosamente hacia varias direcciones. Puede, como muestra Mayo, tener para su empresa militar a sus peones como partidarios, al mismo tiempo, puede, como decimos nosotros, lograr el apoyo de las autoridades de real peso político en la provincia, primero la Junta y luego de setiembre se le sumaría el del nuevo gobernador Rodríguez, para comandar por orden de ellos la tropa más relevante y, ser en parte sostenido por éstos. Puede constituirse, también, junto con Rodríguez en los únicos interlocutores que acepta Estanislao López después del mes de julio y, más claramente luego de octubre cuando logran afianzarse totalmente en la provincia. Esa interacción, que merece una investigación más profunda seguramente, es como se ha indicado, construida personal y políticamente por el futuro dictador de Buenos Aires y no heredada.

Mencionemos, finalmente, dos aspectos que este libro sugiere. ¿Por qué se estudió aquí la campaña y no la ciudad y sus campañas? Campo y ciudad se incluyen en innumerables formas. La ciudad, se nos recuerda, era el lugar de residencia de los hacendados más ricos y de muchos peones que cabalgaban muy naturalmente entre sus ocupaciones urbanas y sus conchabados rurales; la ciudad era el puerto por donde la producción ganadera buscaba fugarse hacia los mercados externos. Por este motivo, explica el autor, "si la ciudad aparece aquí más que fugazmente y de soslayo es, ahora, por razones mucho más logísticas que ideológicas: la Buenos Aires virreinal ha sido en gran parte estudiada; en cambio, sus campañas hasta hace poco (ciertamente para la fecha en la que empecé mi investigación) muy mal conocidas." (pág. 21-22) Merece destacarse, además, la agudeza con que Mayo aprovecha los aportes de la historiografía reciente: Garavaglia, Gelman, Amaral, Ghio, Fradklyn, Marquiegui...son mencionados, una y otra vez, como un apoyo muy concreto en el desarrollo de algunas de las ideas que aquí se exponen.

Sin duda, si durante los años posteriores a la democracia, desde campos historiográficos bien distintos, observamos la apertura hacia líneas de investigación tan fructíferas que podemos apreciar en libros como el que comentamos o, el de Sabato y Romero,⁽³⁾ por sólo nombrar un buen ejemplo, estos años finales de los noventa me gustaría, fueran los de una fina interrelación entre todos estos esfuerzos. Porque si a lo largo de este último tiempo hemos visto con interés modificar ciertas imágenes sobre la historia del siglo XVIII y XIX, lo que importa ahora es cómo se podrá escribir un relato que logre reunir crítica e inteligentemente todos los materiales históricos hasta aquí elaborados, los que lucen todavía —por lo menos así se me presentan— tan dispersos como estrellas o lluvia. Me gusta pensar, en ese sentido, que este último deseo también forma parte del paisaje del siempre maravilloso e ilimitado campo de lo posible. Como si simplemente ya estuviéramos compartiendo imaginariamente estas "memorias comunes". Sí, me digo como el personaje de Ezra Pound en "Carta del exiliado", mientras quedo pensando.

NOTAS

(1) "...El mando del escuadrón 1 del 5º regimiento me había sido confiado interinamente. Hablo a los sirvientes de la estancia en que resido en la frontera del Monte: se presentan a seguirme; con ellos y con algunos milicianos del escuadrón marchó en auxilio de esta muy digna capital...La comandancia del 5º regimiento me fue dada por el gobernador y capitán general de campaña...(recordemos que la Junta le había pedido al gobernador que arme una caballería)..." Manuel Bilbao, *Historia de Rosas*, 1919, tomo único, págs. 121 a 125.

(2) Esto es lo que admite Rosas después de octubre. Veamos antes de esa fecha qué es lo que además recibe de cooperación de la ciudad. "Ayer 6 con nota...me llegaron a mis manos las comunicaciones de VE del 30 y 31 de agosto, dirigidas aquella a la recolección de caballos bien por donativo, bien por compra, dando a los dueños de los de esta clase un boleto puntual, para proveer su pago; y está a consultar el medio más pronto, equitativo y el menos gravoso a los hacendados con que el gobierno podría hacerse de caballos con que habilitar al ejército..."; Carta de Juan Manuel de Rosas al Gobernador Substituto Marcos Balcarce, Hacienda Los Cerrillos, 7 Septiembre de 1820, en: Ricardo Levene, *Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Documentos del Archivo*, Acuerdos de la Honorable Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires (1820-1821), tomo V, volumen I, año 1820. La Plata, 1932. En otra comunicación afirma en ese sentido: "Mi salud debilitada hizo más larga de lo que debió ser la entrevista mía con el sr. General Rodríguez: allí en Vitel recibí las comunicaciones...distribuí con exceso los mil pesos que VE recuerda en la nota del siete. Lo mismo he ejecutado con los tres mil pesos que con la nota del nueve he recibido...No tengo más que ofrecer, ni que retribuir que un desempeño delicado, y un servicio constante a la provincia. La Villa de Luján me designa VE como punto donde encontraré todos los artículos que se están alistando. Si ellos aún pudiesen tomar la dirección para las Cañuelas en casa del Comandante Castro, aquí es donde convine encamine VE los artículos de auxilios, pues aquí es donde he de revistar la principal fuerza del regimiento, para marchar ya con ella unida, ya a la vista de todo para imponer la disciplina, orden y subordinación que VE me recomienda..."; Carta de Juan Manuel de Rosas al Gobernador Substituto Marcos Balcarce, Hacienda Los Cerrillos, 12 Septiembre de 1820, en: Ricardo Levene, op. cit. "...El viernes 22 por la tarde, después que recibí la remesa de auxilios, con que aguardaba el oficial de la comisaría de guerra Ambrosio Mitre, tuve que salir a examinar lo que me faltaba, y a ver como acabar de alistarme de caballadas. Las sensaciones de placer y de sentimiento alternaron en mi corazón...la falta de armamento de carabinas, y muy especialmente de sables...son de tanta necesidad que no es posible suplirla con chuzas, por cuya causa he devuelto las que VS mandó por el oficial Mitre..." Carta de Juan Manuel de Rosas al Gobernador Substituto Marcos Balcarce, Cañada de Gaete, 24 de septiembre de 1820, en: Ricardo Levene, op. cit.

(3) Hilda Sabato y Luis Alberto Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Sudamericana, Buenos Aires, 1992.

Desarrollos de la teoría política contemporánea; de Silvia Gaviglio y Edgardo Manero (comps.), Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1996.

Desarrollos de la teoría política contemporánea es una compilación de cuatro trabajos que fueron presentados y debatidos en el marco de un Curso de Posgrado dictado en la Sede de Gobierno de la UNR a fines de 1994, más otros tres preparados para la edición.

Esta es precisamente una de las notas que favorecen el texto, en el sentido de permitir modular diferentes posiciones, estilos y puntos de vista a partir de un tema que previamente

fue determinado. Decimos esto para mostrar la dificultad que muchas veces nos suscitan compilaciones donde pareciera primar el interés editorial y donde la ausencia de hilos conductores teóricos se esconde falsamente bajo la denominación "interdisciplinaria", impidiendo entonces la ocasión de una lectura que realmente organice —aun de modo múltiple— un campo de problemas reconocidamente emparentados.

No debería ser difícil comentar ni justificar un texto como este al que nos estamos refiriendo si lo entendemos como reto o desafío a las presentes necesidades, a un momento actual transido por las ideas de crisis, límite histórico, tensión profética por aquello que aún debe "advenir" y demanda urgente de lo imprescindible. Y en el espacio de la Teoría Política estas fuerzas adquieren hoy un relieve de importancia debido por lo menos a dos causas. Primero, para seguir manteniendo en nuestro país y en nuestro ámbito un lugar discursivo específico que tenga en cuenta la Teoría Política, la Filosofía Política, la Ciencia Política, incorporando los temas comunes que puede cultivar con, por ejemplo, la Ética, el Derecho o la Economía. Segundo, porque el contexto y el escenario político argentino contemporáneo conlleva un grado tal de inestabilidad de principios que ya no basta con apelar a la discusión acerca de las "promesas incumplidas de la democracia" sino que debemos también interpelar la idea misma de democracia.

Un repaso a las publicaciones nacionales e internacionales de Teoría Política nos haría ver que gran parte de las preocupaciones son compartidas: nacionalismos e identidades nacionales, derechos de minorías, justicia e igualdad entre grupos, rol de la sociedad civil, reconstitución de una identidad política disgregada, ejercicio de la ciudadanía. Esta serie de problemas coincide con las cuestiones que se analizan en los artículos de *Desarrollos de la Teoría Política Contemporánea*, publicación que se inscribe así en un horizonte de pertenencia mayor al local, aunque siempre se acentúan las referencias sobre la Argentina. Son aquellas, entonces, las ideas que confrontan los protagonistas del libro, indicando de algún modo que no se abandona la tarea de interpretar una realidad política que, por lo menos en los últimos veinte años, ha cambiado de rostro más de una vez.

Isidoro Cheresky escribe sobre "El lugar de la política en las sociedades contemporáneas", y lo hace a partir de lo que estima es el carácter dominante en los análisis politológicos actuales: la perplejidad. Desde aquí, tras revisar las tensiones de la tradición democrática liberal, avanza hacia un diagnóstico de una Argentina con retracción de la ciudadanía y desustantivación de la identidad política para —siguiendo a Lefort— reclamar un espacio de lo simbólico en el cual nuestra sociedad pueda pensarse y proyectarse más allá de los conflictos.

El artículo de Eduardo Gruner, "Política, violencia y dominación subjetiva", está estructurado según una lógica proposicional que adelanta un Prólogo y luego seis Tesis que deben leerse como hipotéticas y provisorias. Mediante una incesante trama que recorre casi todos los nombres sagrados de los saberes sociales —pasados y presentes—, Gruner intenta relacionar violencia, dominación y práctica y teorías políticas, mostrar cómo históricamente lo político se ha conformado a través de la negación de la violencia en un proceso de ocultamiento y/o expulsión complejo y, finalmente, esbozar las crisis del siglo XX como "crisis de subjetivación legítima" y su impacto en el Estado.

"La renovada centralidad del concepto de poder en la Ciencia Política de los años noventa" se titula el trabajo de Arturo Fernández; en él, el concepto de Poder quiere ser renovado a través de una perspectiva que no solamente atañe a la Ciencia Política sino a la Filosofía Política, y como un concepto privilegiado para echar luz en las relaciones de hegemonía y dominación estatal. El autor completa la problemática del poder en nuestra

contemporaneidad haciendo referencia a los cambios dados por la mundialización de la economía, el aumento de la integración interestatal, el nuevo papel que juegan las ONG y la creciente importancia de las instancias "supra-estatales" en el escenario político internacional.

Atilio Borón propone reflexionar acerca de "Democracia y Ciudadanía" desde el orden democrático reiniciado en la Argentina en 1983 y tratar el tema de la ciudadanía en la instancia de presentación de sus ideas sobre la estabilidad o inestabilidad del sistema. Interesa leer en esta nota la pregunta por la ciudadanía de un triple modo: 1. empíricamente, definiendo el proceso de ciudadanización efectivo, es decir, cuántas son las personas que hoy en la Argentina pueden reivindicarse ciudadanos, de qué modos lo son y si es posible consolidar los derechos ciudadanos en un contexto económico que no los favorece; 2. históricamente, cómo aparece esta concepción en el desarrollo del pensamiento político y qué momentos precisos de la historia de nuestro país son "ciclos de constitución de ciudadanía", y 3. teóricamente, qué elementos son los que conforman, a partir del siglo XX, una "teoría de la ciudadanía". La propuesta final de Borón es a favor de un modelo de ciudadanía "política" en un Estado que refuerce una ciudadanía en decadencia.

La contribución de Hugo Quiroga es un trabajo sobre "Esfera pública, política y ciudadanía. Dilemas de la política democrática argentina". Su prolija redacción permite ir anudando las nociones de espacio público, ciudadanía y esfera política en concomitancia con la interpretación de las dificultades del sistema democrático. La desaparición de la discusión pública en 1976 y su nueva configuración en 1983 genera un campo de tensiones arduo y una pugna por espacios ampliados de lo público político, los cuales, según muestra Quiroga, no han dado como resultado un presente de intensa participación y actuación colectiva; muy por el contrario, la escena es de crisis. Esta crisis está definida por ciertas notas que se analizan puntualmente: el retraimiento de la discusión pública, la "espectacularización" evidente de la política, la emergencia del fenómeno mediático y la apatía ciudadana. Atravesando estas pobres perspectivas, el autor busca reconstruir un espectro de referentes nuevos, como por ejemplo la repolitización de un ciudadano de dignidad plena en una esfera pública consolidada, democrática y compartida.

Los compiladores del volumen Silvia Gaveglia y Edgardo Manero escriben sobre "Reconceptualizaciones. En función del contexto latinoamericano". El trabajo se articula en dos momentos: primero, despejar ciertos términos fundamentales de las Ciencias Sociales (ciudadanía, sociedad civil, Estado, nación, democracia, representación) de aquello que conservan de ambiguo, de ideológico, de enmascarador, para volver a situarlos como herramientas de análisis amplios, no dogmáticos, en una operación que también delimite campos específicos. Segundo, pensar la problemática de América Latina a partir de lo primero, eligiendo como categoría central la democracia, debatiendo todas sus características actuales y los riesgos severos a que se ve sometida.

El artículo con el cual concluye el texto pertenece a Daniel García Delgado, se titula "Crisis de representación, nueva ciudadanía y fragmentación en la democracia argentina" y se interroga sobre estos aspectos: la consolidación de la democracia en la Argentina, la desilusión con respecto a la política junto a la crisis de representación, el nuevo tipo de ciudadano que estamos conociendo y los peligros que la nueva democracia debe enfrentar. Tras diseñar una escena política donde impera el desencanto, la delegación y la fragmentación, García Delgado presenta un interesante abordaje de la ciudadanía, comparando la "ciudadanía social" con la actual "ciudadanía postsocial o posmoderna" y, por último,

prefiriendo una modificación de la democracia en términos de bien común y de nuevas orientaciones para la economía que combine eficacia e igualdad.

Creemos que el lector de este nuevo libro llegará a advertir que ideas alternativas, o diferentes esquemas de análisis, pueden "estar como en casa", compartiendo, como se hace aquí, un intenso compromiso teórico con valores socialmente necesarios.

Beatriz Porcel

Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay; de Silvia Dutrénit (coord.), Waldo Ansaldi, Gerardo Caetano y César Tcach, Instituto Mora, México, 1996.

La coexistencia de civiles y militares bajo un orden autoritario coloca al rojo vivo la capacidad de convivencia de los hombres en sociedad. Vivir en sociedad significa también ponerse de acuerdo sobre la mejor forma de gobierno posible, en fin, sobre un gobierno tolerante y respetuoso de la multiplicidad de opiniones que nacen de la diversidad de seres humanos. Naturalmente, autoritarismo y democracia son dos órdenes políticos opuestos que se rechazan. Sin embargo, en nuestros países, en numerosas ocasiones, los regímenes militares no han sido el producto de una imposición sino el resultado de una aceptación social. Los partidos políticos —tradicional sistema de enlace entre Estado y sociedad— no han sido siempre los mejores escudos para frenar los avances del poder autoritario. Precisamente, el libro colectivo que comentamos, producto de los trabajos de un grupo de investigadores latinoamericanos que se reunió en diversas oportunidades en el Instituto Mora de México, está consagrado al estudio de la acción (o inacción) de los partidos políticos durante el período de las últimas dictaduras de Argentina, Brasil y Uruguay.

El texto comienza —luego de la Presentación de Silvia Dutrénit, coordinadora del volumen— con una ajustada y pertinente Introducción General a cargo de Gerardo Caetano, que pone de relieve, en base a la singularidad de los casos seleccionados, los puntos de partida analíticos de los tres trabajos que integran el volumen: el de César Tcach sobre Argentina, y los de Waldo Ansaldi y Silvia Dutrénit referidos a Brasil y Uruguay, respectivamente. A pesar de las orientaciones diversas, Caetano señala los tópicos comunes que se cruzan en los diferentes enfoques, para desprender de ahí tres órdenes de problemas: 1) «el influjo perdurable de las matrices de cultura política, en cada uno de los tres itinerarios partidarios considerados»; 2) «el espacio efectivo de la política partidaria en los proyectos de institucionalización de las dictaduras militares»; 3) «los cambios y continuidades en la actividad de los partidos durante los períodos de interrupción institucional».

El trabajo de César Tcach, que contiene una periodización correcta y minuciosa del accionar de los partidos durante la última dictadura militar argentina, descansa en una hipótesis fuerte y sugerente: la persistencia y fortaleza de las identidades políticas. Por un lado, el radicalismo es un partido centenario y, por otro, el justicialismo sobrevivió a todas las proscipciones. En la percepción de los argentinos —dice Tcach—, la sociedad debe al radicalismo la conquista de la democracia política y al peronismo la ampliación de la

ciudadanía social. La tenacidad de esas identidades es, justamente, lo que ha permitido a las élites políticas —con sus denuncias y silencios— reconstituir su actividad partidaria en períodos de ilegalidad, sin que por ello se deje de reconocer que el sistema de partidos ha sido históricamente débil. La sociedad supo «premiar» a los partidos de la oposición que, sin haber adoptado un comportamiento heroico, se situaron «fuera del régimen» y que con sus oportunas críticas no dejaron jamás de reclamar por la institucionalización del país, aunque por momentos sus voces fueron demasiadas tenues.

A renglón seguido, el artículo de Waldo Ansaldi efectúa un prolijo recorrido por los complejos derroteros de la historia política brasileña durante las dos décadas de la dictadura militar (1964-1985), luego que las fuerzas armadas abandonaran en 1964 su tradicional rol de moderador del sistema político para asumir la conducción del Estado. En la perspectiva del autor, la clave interpretativa del sistema político brasileño y del sistema de partidos se halla en la coexistencia de líneas de cambio —que incluye fuertes rupturas— con, igualmente fuertes, líneas de continuidad. Por consiguiente, en el complejo juego de continuidades y rupturas de la cultura política brasileña y de interacción del aparato militar con los grupos aliados o adversarios, sobresale tanto la modernización socioeconómica del país como la persistente lógica política tradicional que favorece a los viejos núcleos herederos del período oligárquico. Ahora bien, para conocer con exactitud el accionar de los partidos bajo un singular régimen autoritario, que no proscribía totalmente la práctica política ni clausura definitivamente el congreso, hay que permanecer atentos a las fluctuaciones coyunturales: a los períodos de represión, de liberalización, de apertura y, finalmente, de transición.

Por último, Silvia Dutrénit, en su trabajo sobre Uruguay, destaca la permanencia de la centralidad de las organizaciones partidarias en el funcionamiento del sistema político, lo que representa, en América latina, un componente sustantivo. De tal modo, la transición a la democracia fue el resultado tanto de un subterráneo trabajo partidario —apoyado por el reconocimiento histórico de la sociedad que, a la vez, rechazaba el militarismo— como de la aceptación de las fuerzas armadas de que no era posible ninguna propuesta de institucionalización para el país sin la insoslayable intervención de las estructuras partidarias. En su relato, la autora admite las diferentes posturas iniciales de los partidos frente a la emergencia del régimen militar, sin que por ello se llegue a consolidar un apoyo partidario oficial. Por otra parte, el proyecto de institucionalización de las fuerzas armadas —aun antes de que éstas fueran derrotadas— se convierte desde 1980 en una necesidad colectiva y compartida. En esas circunstancias, la salida electoral aparece como un horizonte posible. Este nuevo escenario abre paso a la negociación con las fuerzas armadas. A esa altura, los partidos políticos ya habían recuperado su centralidad en el sistema partidario.

Con una adecuada combinación de teoría e historia, los autores sitúan el núcleo de sus reflexiones en la permanente tensión que se genera —en períodos de dictadura— entre una institución cerrada como las fuerzas armadas y otra abierta como los partidos políticos. El tema de fondo que recorre las diferentes investigaciones gira en torno al problema de la **legitimidad** y de la producción de un nuevo orden, en cuyo contexto se analiza exhaustivamente el complicado —y, a veces, ambiguo— rol de los partidos políticos. Así, la preocupación principal de los regímenes militares fue saber cómo se podía transformar una legitimidad inicial, precaria e inestable, por otra, perdurable y cierta, al mismo tiempo que se buscaba modificar, debilitar o suprimir el sistema de partidos. La disputa, entonces, entre civiles y militares se ha instalado en la **esfera pública**: el cuestionamiento a los partidos como instancias monopólicas de la política y la ambición castrense de hegemonizar la vida pública,

así como la pretendida institucionalización autoritaria, son ejemplos reveladores de ese conflicto.

Con legitimidad se puede añadir que la riqueza y el rigor de las exposiciones aquí comentadas conforman una valiosa contribución a un campo teórico relevante —aún incipiente y complejo— y constituyen, simultáneamente, un importante desafío para los estudiosos de las ciencias sociales que investigan el discurso y la acción de los partidos políticos en épocas de dictadura. En verdad, el discurso histórico que anima estos textos roza las fronteras con otros que no le son ajenos (la ciencia política, la sociología...), lo que les proporcionó a los autores una perspectiva privilegiada a la hora de asumir las tareas propuestas. Los sugerentes trabajos reunidos en este volumen dejan abierta, entonces, interesantes pistas de indagación que son una invitación para continuar desarrollando y profundizando trabajos comparativos sobre realidades nacionales diversas.

Hugo Quiroga